



EXCMO AYUNTAMIENTO DE ARUCAS
GRAN CANARIA
CENTRO MUNICIPAL DE SERVICIOS SOCIALES
PROGRAMA DE FAMILIA Y MENORES

Tfnos: 928 621 944 – 928 622 064 – 928 621 009

EDUCAR HOY: LA SEXUALIDAD EN LA INFANCIA



La sexualidad en la infancia

Ya desde varios meses antes del nacimiento, el feto masculino tiene erecciones reflejas. Muchos recién nacidos tienen asimismo erecciones a los pocos minutos del parto. Igualmente, las recién nacidas tienen lubricación vaginal y erección clitorica en el transcurso de las primeras 24 horas.

Una fase importante de la sexualidad del bebé se asienta en la placentera intimidad entre él/ella y sus padres, a través de los mimos, caricias y abrazos. A muy corta edad responden de forma muy espontánea con señales de excitación sexual a los múltiples focos de sensaciones físicas. Por ejemplo, es corriente que los varones tengan erecciones mientras las madres los amamantan, mientras que en las niñas sobreviene la lubricación vaginal. Signos similares suelen presentarse al bañarlos/as, cambiarle los pañales o cuando los padres retozan con él/ella. No obstante, es importante darse cuenta de que es demasiado pequeño/a para ser consciente de este contacto, por lo que no puede decirse que se produzca un despertar erótico sociosexual. Estos reflejos sexuales forman parte de su incipiente aprendizaje sexual.

Los/as lactantes empiezan a tocarse o frotarse los genitales tan pronto como son capaces de ejercer la obligada coordinación motora. Dan muestras de alborozo cuando se les estimulan los genitales, se muestran muy contrariados/as cuando se intenta interrumpirlos durante la masturbación y la autoestimulación acaece muchas veces al día.

A los dos años, hay una incuestionable curiosidad hacia las partes del cuerpo y la mayoría descubren (si aún no lo han hecho) que la estimulación genital produce sensaciones placenteras. Primero el juego con los genitales acontece en solitario, pero más tarde resurge en juegos como: "enséñame los tuyos y yo te mostraré los míos", o bien en los pasatiempos de "doctores" y "enfermeras". Además de frotarse el pene o el clítoris manualmente, hay niños/as que se estimulan restregándose con una muñeca, una almohada, una manta o cualquier otro objeto.

El juego homosexual forma parte, al igual que los escauceos heterosexuales, de su normal desarrollo. Como norma, estas actividades homosexuales no significan que al llegar al estado adulto vaya a mostrar una orientación homosexual, si bien son numerosos los padres que se muestran intranquilos a este respecto.

En tanto no medie agresión o coerción, no es probable que los episodios aislados de prácticas sexuales en la niñez constituyan anormalidades. No es muy positivo que los padres reaccionen con alarma u hostilidad ante los escauceos sexuales de sus hijos/as, ni que les aflijen castigos por ello. Seguramente es mucho más efectivo un enfoque realista de la situación que conlleve comprensión y una educación sexual adaptada a la edad, que las amenazas y los gestos teatrales; sin duda, tendrán una evolución sexual y psicológica mucho más saludable.

Respecto a la educación sexual, esta debe prestársele en función de su edad, y no esperar a que llegue a la adolescencia para procurarle la información pertinente sobre el sexo ya que es demorarse más de la cuenta. Teniendo en cuenta que los/as niños/as se enfrentan a la temática del sexo mucho antes de aquella edad -a través de la televisión, el cine, los libros y de otras mil maneras-, los padres se arriesgan a que interpreten lo que ven sus ojos al pie de la letra y sufran una deformación respecto al contenido auténtico del sexo, lo que puede tener consecuencias lamentables.

Poco más o menos por esa misma época, también cobran conciencia de cuando los padres y madres desapruaban sus tocamientos. Si bien es conveniente que los padres y madres eduquen a sus hijos/as dentro de las pautas socialmente aceptables (por ejemplo, decirle que no debe exhibir o jugar con sus genitales en público), hay algunos/as progenitores/as que frustran todo conato de juego sexual diciendo: "eso no se hace", o "no te toques ahí abajo". El negativo impacto de estas constricciones puede constituir, a la larga, la causa primera de una disfunción sexual.

Los niños y niñas que van a las guarderías antes de la edad escolar suelen afrontar muchas situaciones que tienen un contexto sexual. Tanto los pequeños como las niñas muestran considerable interés por las funciones y el ritual del aseo y el retrete, a la vez que se esfuerzan en inventarse nuevas palabras "sucias", costumbre muy arraigada en los dos sexos y que suele alarmar a los padres.

La escuela ofrece la oportunidad de relacionarse con personas de la misma edad en un medio organizado, facilita el recato y los juegos sexuales son menos frecuentes.

A los cuatro años la mayoría empieza a preguntar de dónde vienen los/as bebés y cómo se produce el nacimiento. Suelen tener una idea incomprendible y un tanto quimérica de lo que es el sexo. Así es corriente que muchos niños o niñas de esa edad se tomen al pie de la letra las explicaciones ya que a esa edad tienen una visión concreta y literal del mundo y de la vida en general.

Hacia los cinco años disfrutan con el aprendizaje de términos alusivos a las partes del cuerpo que nunca habían utilizado, a la vez que empiezan a contar bromas sobre el sexo y las funciones genitales, casi siempre después de haberlas oído en boca de un/a niño/a un poco mayor.

También a esa edad empiezan a formarse ideas sobre el sexo basadas en la observación de las efusiones entre sus padres, como puede ser el ver a mamá y a papá abrazándose y besuqueándose con evidente pasión, lo que es un excelente indicador de los placeres que conlleva la intimidad física y afectiva. Por otro lado, tener unos padres que se están peleando constantemente, u oír como uno/a dice al otro/a: "no me toques", puede surtir el efecto contrario y deformar la idea que adquieran de la intimidad.

Por lo general, a los seis o siete años tienen ya un conocimiento cabal de las diferencias anatómicas fundamentales entre ambos sexos y comúnmente muestran un notable recato en lo que concierne a la exposición de las partes del cuerpo. Pero al mismo tiempo lo más seguro es que su natural curiosidad salga a relucir en juegos como "el hospital" o el de "estar en casa", que facilitan la exploración sexual. Estos pasatiempos pueden suponer simplemente la inspección ocular de los respectivos genitales o conllevar tocamientos, besos, frotación y la inserción de objetos en el recto o en la vagina.

La experimentación sexual comprende iniciativas tanto con niño/as del mismo sexo como del sexo opuesto. Uno de los objetivos que se persiguen es el de averiguar cosas como: "¿soy muy diferente de otros/as niños/as como yo?" y "¿Cuánta es la diferencia entre yo y las personas del sexo contrario?". Otra de las finalidades que busca es tantear lo prohibido para ver qué ocurre: quién descubre algo especial, cual es la reacción de los/as demás, comprobar cómo se sale del paso, etc. Estos dos componentes guardan estrecha relación, ya que aprender con base en lo que se tiene prohibido es siempre más interesante que averiguar las cosas por medios más fáciles y asequibles.

En circunstancias normales, estos pasatiempos sexuales en que se enzarzan no resultan nocivos y cabe presumir que desempeñan un papel psicosocial importante en su evolución. No obstante, la reacción hostil de los padres puede generar traumas psicológicos. Cuando se les descubre divirtiéndose en efusiones sexuales, en solitario o en compañía, la reacción negativa de los progenitores es captada de inmediato por el/a pequeño/a, aunque no entienda las razones que la motivan. Desde el punto de vista del niño/a, el juego no es más que un juego, pero para el padre o la madre que descubre a su hijo/a masturbándose o empeñado en pasatiempos sexuales colectivos, lo que sus ojos ven es sexo con mayúsculas.

Muchas veces las reacciones paternas ante los pasatiempos sexuales de los/as niños/as en edad escolar resultan parciales y discriminatorias. A las niñas se las suele prevenir con insistencia para que no se entreguen a juegos sexuales, sobre todo con los amiguitos. Por otro lado, a los chiquillos se les transfieren mensajes ambivalentes. Aunque se les regañe o castigue por incurrir en este tipo de juegos, casi siempre subyace una punta de resignación, por no decir de orgullo, en el padre, que se expresa en el comentario: "bueno, al fin y al cabo es un chico".

Las experiencias sexuales de niño/as ya crecidos/as tal vez sean poco frecuentes y menos importantes que otros sucesos de su vida, pero pueden incluir toda la gama imaginable de actos sexuales, incluso el intento de realizar el coito, que en ocasiones llegan a consumir. Para cuando cumple los 8 o los 9 años no cabe ya la menor duda de que es consciente del componente erótico que conllevan esos juegos, y ya no es exacto afirmar que únicamente se trata de un "pasatiempo" espontáneo. Ese enardecimiento erótico puede ir acompañado de fantasías sexuales, y hasta llegan a darse casos de enamoramiento.